

Bacon, F., *Refutación de las filosofías*, ed. Encuentro, Madrid 2014, 57 pp., 20,5 × 14,5 cm.

Ediciones Encuentro sigue haciendo realidad la feliz idea de editar, bajo la colección *Opuscula philosophica*, una serie de autores modernos de todo el espectro filosófico, que, al lado de obras maestras más profundas, han escrito también obritas u opúsculos de menor enjundia dentro de su especialidad, como ofreciendo a los ya iniciados en filosofía pequeños modos de pensar personal. Así ha editado opúsculos de Descartes, Brentano, Morente, Scheler, Leibniz, Kant, Edith Stein, el Aquinate, Rosmini, Blondel, Ortega, d'Ors, Bergson, Husserl, Newman, Unamuno, Levina, Puelles, etc... Y así hasta 50 filósofos, siendo el empirista Francisco Bacon el n. 51 con su *Redargutio philosophiarum* (1608/9), que J. M^a Artola y F. Pérez López nos ofrecen en lengua española.

Esta *Refutación de las filosofías* —edición póstuma del fundador de la empiria filosófica— es un «pintoresco alegato contra los saberes establecidos», que anticipa la impugnación de toda ciencia y filosofía precedente o contemporánea, que él llama *Idola Theatri*, a cuyos ídolos Bacon profesa aversión y crítica experimental. Son «ídolos —escribe Bacon— que entraron en las mentes de los hombres por los diversos dogmas de las filosofías y también por perversos procedimientos de las demostraciones, a los cuales llamamos ídolos del teatro» (*Novum Organum*). Estas filosofías idolátricas son mayoritariamente las filosofías aristotélicas y sus ramificaciones de signo racionalis-

ta, academicista, escolasticista, idealista, etc., que no se apoyan en la «observación de la naturaleza» y en las «nudas cosas», es decir, en la empiria y fenomenología.

Por aletear en la crítica baconiana una fina ironía, este opúsculo se lee con gusto, aún por aquellos que son devotos de filosofías aquí criticadas. Y aunque toda traducción pierde la intensidad fontal, gana extensión en la versión vernácula, apta para lectores iniciados en el saber filosófico en días en que la incultura latina prohíbe acceder a siglos pretéritos. Sin capítulos ni divisiones, es librito para leer no a sorbos, sino de un tirón.

J. RODRÍGUEZ